

ANATOMÍA DEL IMPOSTOR

[Para empezar algunas preguntas]

¿Por qué Eróstrato quemó el templo de Diana en Éfeso? ¿Por qué Mark Chapman mató a John Lennon? ¿Por qué Enric Marco se hizo pasar durante tantos años por un deportado y presidió la asociación española Amical de Mauthausen como una víctima más de los campos de concentración nazis? ¿Por qué Alicia Esteve Head fingió haber estado en las Torres Gemelas durante el atentado del 11-S y llegó a ser presidenta de su Asociación de Supervivientes? ¿Por qué la familia Heene mantuvo a los periodistas de Estados Unidos en vilo, convencidos de que su hijo menor era el único tripulante de un globo de helio que iba a la deriva por el cielo de Colorado? ¿Por qué el joven suizo Thomas dejó filmar a una amiga el proceso de su suicidio, que luego se convertiría en el documental *Tabú*? ¿Por qué tantos asesinos en serie graban un testamento videográfico? ¿Por qué unos chavales granadinos quemaron una casa y grabaron a continuación los apuros de sus habitantes? ¿Por qué hay gente que filma la amputación de uno de sus miembros y lo cuelga en Internet? ¿Por qué tantos seres anónimos se encierran durante semanas y meses en una casa llena de cámaras y entregan hasta los últimos secretos de su intimidad a la vista y el comentario de todo el mundo? ¿Por qué el diputado brasileño Wallace Souza organizó una serie de crímenes con cuyas crónicas televisivas entretenía a miles de espectadores?

[El sentido de la vida]

Todos ellos buscan la fama. Eso los lleva a superar cualquier traba moral en el camino. Prefieren vivir una experiencia de segunda mano a sentirse ninguneados por el mundo. Por ese motivo buscan ser conocidos por toda la humanidad. Sometidos al ejemplo exagerado del periodismo, terminan por ceder a la tentación de generar acontecimientos que contribuyen a inflar esa enorme bola de insatisfacción llamada actualidad.

Quizá no se trate sólo de darse a conocer a sí mismos, sino de contribuir, como si se tratase de un delirante deber social, a mantener el mundo pendiente de algún suceso, sea este el que sea.

[Deseo de ser reconocido]

Los impostores son aquellos que pretenden destacar sus nombres o los nombres de sus organizaciones en los medios de comunicación. Para ellos el reconocimiento proviene de su aparición en los medios. Sus rostros serán identificados y saldrán así del anonimato en el que hasta ese momento se sentían anulados. No son necesariamente asesinos. A veces les basta con aproximarse a los protagonistas o a los restos de algún acontecimiento, preferiblemente catastrófico o violento, para sentirse reconocidos. Eva Braun, según una de sus biógrafas, podría haberse unido a Hitler con el fin de ganarse, “si bien dudoso, un lugar reconocible en la historia de la humanidad”.¹ A una escala un poco más sencilla, la joven prometida del asesino Charles Manson, de nombre artístico Star, parece haber tenido en cuenta para su petición de mano la visibilidad que le proporcionaría el matrimonio con un criminal tan conocido.²

[Grandes causas para pequeños individuos]

Los impostores adoptan a veces máscaras que nos llevan a confusión, pues pretenden camuflar su necesidad de “aceptación” con causas que superan el mero interés personal. Ser musulmán radical, fascista, homófobo, pornógrafo del cuerpo o del corazón, incluso piadoso o solidario, son características que les sirven para dar más relieve a su irrupción mediática. Son causas destacadas, con buena o mala prensa, mediante las que aquellos se garantizan una atención generalizada sobre puntos de interés aguardados por la audiencia.

[Identificación con el suceso conocido]

Para aclarar de qué tipo de impostura estamos hablando fijémonos en el caso de alguien que serviría para representar, como primer ejemplo, la extendida necesidad de notoriedad. En este caso la carta de presentación era la piedad, la solidaridad con las víctimas de un atentado. Lo elegimos porque las reacciones que suscitó su actuación, que nos atreveríamos a tachar de exhibicionista, dan una idea muy clara de las motivaciones que tienen estas personas para hacer lo que hacen. Al mismo tiempo desvelan

¹ GÖRTEMAKER, Heike B., *Eva Braun, una vida con Hitler*, Barcelona, Debate, 2012, p. 388.

² “La novia del mal”, *El País*, 22 de noviembre de 2014.

el mecanismo por el que una persona cualquiera se convierte en el personaje del día por el simple hecho de aparecer vinculado a algún acontecimiento destacado.

[Fotografiarse en el teatro del crimen]

Se trata de un periodista radiofónico español que fue a pasar el fin de semana a París inmediatamente después del atentado en la redacción de la revista satírica *Charlie Hebdo*. Nuestro personaje vinculó la imagen de su rostro con sucesos aparecidos insistentemente en los medios de comunicación. Se hizo un *selfie* en el lugar en el que los ciudadanos franceses habían levantado un homenaje póstumo a los colegas caídos. Inmediatamente después colgó en una red de *microblogging* la foto en la que aparecía su rostro en primer plano, con las flores y las velas fúnebres detrás. Esta era una imagen claramente reconocible en aquel momento para todos aquellos que habían estado siguiendo las noticias. Al poco tiempo su foto se hizo viral y empezó a aparecer en muchos medios de comunicación. Fue uno de los mensajes más compartidos del día. Casi todo el mundo vio en aquel gesto –muy amplia y negativamente comentado– el impulso de un narcisista incorregible. Los comentarios se acompañaron con memes en los que el locutor aparecía siempre con el mismo primer plano, su rostro, y detrás fotografías de grandes acontecimientos de la historia: el hongo formado por la explosión de la bomba de Hiroshima, imágenes del Holocausto, el hundimiento del *Titanic*, la crucifixión de Cristo, la guerra de Vietnam.³

La anécdota mediática del periodista que fue a rendir homenaje, probablemente sincero, a las víctimas del atentado, representa mejor que muchos otros ejemplos el caso de un impostor que decide identificar su persona con algún acontecimiento socialmente traumático. De ese modo, piensa él, tiene asegurado un aprecio que le será otorgado por el contexto en el que aparece.

[Distinguido por el desastre]

No negamos su interés por acompañar con todos sus seguidores la tristeza y la sensación de vulnerabilidad generadas por el atentado; pero si uno incluye su fotografía en el escenario del crimen, lo que está haciendo no es tanto compartir el horror como la notoriedad que ha desencadenado el horror.

Fijémonos ahora en el atentado, no menos impostado que el gesto del periodista. También se ha producido, como la mayoría de los que últimamente han destrozado

³ “Este *selfie* de Carlos Herrera en París desata la indignación en las redes sociales”, *The Huffington Post*, 16 de noviembre de 2015.

vidas de gentes anónimas que no tenían ninguna responsabilidad directa en los problemas que los asesinos esgrimen como causa de sus fechorías, con el afán último de adquirir notoriedad para los protagonistas o sus organizaciones. Hay, por tanto, una base fraudulenta en su motivación, pues la causa principal de su crimen no es la justiciera que alegan, sino la mediática que disimulan como mal necesario.

Tanto el periodista como los asesinos utilizan lo ocurrido para distinguirse de la multitud anónima. Llamar la atención es su principal objetivo. En el caso del primero, su oficio como profesional de la comunicación lo pone en una más franca evidencia, porque, como en más de un comentario fue señalado, no se limita a informar, sino a protagonizar la noticia.⁴ Los asesinos, por su parte, contribuyen con su atentado a cumplir con las expectativas desastrosas que todos proyectamos en la prensa. El móvil de una presunta venganza por las ofensas religiosas publicadas en un semanario satírico es únicamente una credencial que les permite acceder a los titulares durante varios días.

En principio, a simple vista no se puede atribuir a los diarios responsabilidad alguna en la generación de este tipo de atentados. El periodismo llega siempre después de ocurrida la atrocidad. Los reporteros recogen el suceso y nos lo presentan para que estemos informados. Los espectadores se conforman con pensar que la motivación de los criminales es lo suficientemente sólida como para no necesitar el testimonio mediático de sus crímenes: no dejarían de hacerlo, piensan, si los medios no cubrieran la noticia; están convencidos, son fanáticos. Pero lo cierto es que los terroristas eligen para incluir sus nombres o los de sus organizaciones en los titulares objetivos con los que puedan obtener el máximo de repercusión mediática, independientemente de lo justas que sean sus reivindicaciones.

[La prensa sugiere, sin quererlo, los objetivos]

Sin dejar el ataque a la redacción del semanario parisino vemos cómo las viñetas satíricas en las que se satirizaba a Mahoma se habían convertido en un goloso destino para la avidez de fama de los grupos terroristas identificados con la yihad. Y estos sabían también que el simple hecho de atacar a un periodista aumenta el efecto mediático de sus acciones. El oficio de reportero simboliza para los medios una tarea heroica que se identifica en su interpretación menos ambiciosa con la libertad. La prensa es considerada como el pilar de la civilización. Herir o asesinar a uno de sus trabajadores hace que se tambaleen en

⁴ No es este, desde luego, el primer periodista que extrae gran parte de su celebridad de la identificación de su persona con desastres bélicos o de cualquier otra índole.

todos los titulares los fundamentos de la convivencia. Nada más alejado de la conciencia periodística que la sospecha de que la comunicación de los sucesos pueda fomentar determinado tipo de actuaciones cuyo fin último es la aparición en los medios. Los terroristas contaban con la especial susceptibilidad del gremio y el valor extra de sus integrantes. Matar a cinco periodistas tiene casi el mismo efecto en su repercusión que eliminar a más de cien asistentes a un concierto de *rock*. Indudablemente, a los criminales les ayudó bastante para concretar su objetivo la difusión que casi todos los grandes periódicos del mundo habían hecho de dichas viñetas. En cierto modo contribuyeron a señalar a la revista como un blanco privilegiado. Al mismo tiempo que defendían la libertad y la independencia intelectual frente a cualquier modo de superstición, estaban poniendo el centro de atención en esos periodistas abanderados de la libertad. Casi podríamos decir que fueron ofrecidos en martirio, más o menos inconscientemente, por la prensa mundial.

[Movimientos de resistencia frente a los impostores]

Últimamente hay tantas evidencias de que el afán de notoriedad está detrás de los crímenes achacados hasta ahora a una repentina radicalización ideológica de ciertas personas que, incluso en las páginas de los periódicos, se está empezando a colar la idea, entre la tupida cerrazón a reconocer su responsabilidad, de que convendría de la manera que fuese evitar el fomento indirecto e involuntario de actos de salvajismo cuya aparente justificación ideológica, psicológica o religiosa es completamente insostenible. Por ese motivo se han creado asociaciones como No Notoriety o Don't Name Them, que piden a los periodistas un especial cuidado en no cumplir el propósito de los asesinos, muchas veces oculto, de alcanzar la gloria mediática.

[Criminales responsables de sus actos]

Los terroristas tienen en los medios de comunicación unos aliados perfectos. Su insistencia en móviles de carácter político oculta las motivaciones subjetivas, identitarias, base de su impulso criminal. Es la gratuita obsesión por ser alguien, fomentada hasta la extenuación por los medios y las redes, la que lleva a tipos aparentemente normales, cuyas familias son las primeras sorprendidas por los hechos, a tomar la iniciativa criminal. Según Bernard-Henry Lévy, el asesino del camión de Niza había llegado a hacer suya la consigna "Je suis Charlie", extendida tras los atentados al semanario de París.⁵ Eso sí, no olvidó dejar su DNI en el salpicadero para facilitar a los medios su clara y rápida identificación como autor de la matanza.

⁵ LÉVY, Bernard-Henri, "Errores tras la matanza de Niza", *El País*, 19 de julio de 2016.